

## RESEÑAS

### Miguel Ángel Fernández, *Medio Siglo*

Salvador Rueda Smithers\*

Es sabido que en el siglo XVI se reconocía la persona de los artistas no sólo por sus obras, sino por las marcas que les dejaba en las manos el ejercicio de su oficio. Así, Miguel Ángel Buonarroti tenía como huella particular las deformaciones en los dedos de su trabajo juvenil como aprendiz de cantero. Dos generaciones más tarde, Theodor de Bry –grabador y autor de las imágenes que acompañaron la edición de la *Brevísima Relación de la Destrucción de las Indias*, de Bartolomé de las Casas– vivía con las cicatrices de su actividad como orfebre, las cuales identificaban a los trabajadores de la plata en el taller paterno. Hoy hemos descuidado nuestras posibilidades de observación, de tal modo que los rasgos físicos apenas descubren vocaciones y caminos de vida.

Pero hay quienes no pasan inadvertidos. Sus manos descubren sus afanes, no siempre por lastimaduras, sino porque son vehículo de comunicación, por las maneras de hablar con ellas. Tal cualidad es propia del profesor Miguel Ángel Fernández, no las marcas en sus manos, sino los gestos que acompañan a sus palabras y ademanes. Aunque es un escritor prolijo y el libro *Medio siglo* es una muestra, soy testigo junto con quienes han sido sus colaboradores, desde su secretaria hasta su administrador de muchos años, de que su mano diestra toma la pluma para bocear indicaciones rápidas con letra poco menos que terrible. No: lo que identifica la enorme proporción del profesor –el ProfMAF, como lo conocemos sus amigos– es el movimiento de sus manos durante el proceso creador de su trabajo.



Profesor Miguel Ángel Fernández durante el proceso de edición del libro *Medio siglo*. Fotografía © Humberto Tachiquín Benito, "Tachi".

Un día de otoño de 1974 entré al Castillo de Chapultepec. No había regresado desde niño, cuando visitó México el presidente francés general Charles de Gaulle, unos diez años antes y yo fui uno de los escolares que formaron en las calles para darle la bienvenida. Por esas fechas mi padre me llevó al Castillo a ver las banderas históricas que Francia devolvió al gobierno mexicano.

Recuerdo la rica sensación de sorpresa de volver a ver las paredes del museo. Esta vez ya era un joven estudiante de la carrera de Historia, se nos asignó al equipo que encabezaba la maestra Alicia Olivera la tarea de elaborar el guion de la sala de la Revolución Mexicana. La directora del museo, antropóloga Lina Odena Güemes, nos presentó a su equipo de investigadores. Entre ellos estaba el joven de origen cubano, espigado, de cara afila-

da y barba bien cuidada, Miguel Ángel Fernández. En su respaldo tenía dos méritos raros para los mexicanos: haber estudiado en la Universidad de Lovaina de tradición humanista, genealogía que remitía a Erasmo de Rotterdam, y ser descubridor entre los acervos del Castillo de un extraño instrumento de metal dorado, circular, con nombre que parecía sacado de algún documento esotérico medieval: un astrolabio.

Explicó en un pequeño opúsculo que se trataba de un artefacto cargado de signos y servía para descifrar las estrellas; tal vez también para augurar prodigios en la tierra desconocida que era la Nueva España en tiempos del virrey Antonio de Mendoza, quien seguramente lo tuvo entre sus dedos. Los caracteres misteriosos grabados en la superficie metálica y la dedicatoria al hermano del virrey sólo



Miguel Ángel Fernández y trabajadores del INAH. **Fotografía** © AH/INH/AF: Difusión. Museo Nacional de Historia. Registro fotográfico: Leonardo Hernández. Ca. 1977-78.

podieron ser reconocidos por un discípulo de Lovaina.

Mientras yo leía entrevistas con veteranos zapatistas y Los últimos días del Presidente Madero, del también cubano Manuel Márquez Sterling, el curador Fernández preparaba los detalles finales de su exposición sobre los relojes del museo. Su propuesta se volvería paradigmática: cruzaba el valor estético de cada pieza con la fábrica de los extraordinarios mecanismos de la exactitud cronológica. No medían el tiempo: lo señalaban, le daban precisión a su transcurrir.

Hoy pienso que este arranque de la carrera del ProfMAF surgió de la satisfacción de su logro primario: encontrar, evaluar, entender y explicar el astrolabio, aquel extraño objeto hasta entonces incomprendido. Mostraba erudición, cualidad poco frecuente entre nuestro gremio nacional, a excepción de los historiadores de la pintura o la arquitectura. A partir de entonces se le guardó respeto y también recelo. Sabía de ambos sentimientos y decidió apostar por no fingir humildad.

Ese final de septiembre del 74 resultó ser la puerta de entrada a mi camino vital. El Museo y la Revolución señala-

ron la ruta. No mucho antes el astrolabio había abierto el umbral del ProfMAF. Pero todavía no sería el tiempo en que se cruzaron nuestros destinos.

Al amanecer de 1990, inesperadamente el director general del INAH me nombró director del Museo Nacional de Historia. No por lo que pudiera yo saber de museos, porque nada sabía, sino por la necesidad de tener a un historiador de la Revolución en un equipo de trabajo en el cual campeaban los arqueólogos. Comencé, con timidez, a pedirle consejos al Profesor. Jamás se negó a ir al Castillo a platicar. Entonces se anudó la amistad, aun después de que dejé el Museo Nacional y regresé a la Dirección de Estudios Históricos. Trato frecuente, con respeto, pero sin ápice de solemnidad. Así me dio un par de lecciones, inolvidables.

Permítanme platicar dos anécdotas: en 1991 preparamos la exposición de los *Tratados de Arquitectura*. A sugerencia de uno de los curadores conseguí un púlpito indígena del siglo XVI, de colores fuertes y de estilo plateresco —con una columna copiada de algún tratado romano. Se me ocurrió que se debía resaltar ese gusto indígena por los colores encendidos; pedí se iluminara con fil-



Portada del catálogo de la exposición temporal *Bolívar en México. Bicentenario del natalicio del libertador Simón Bolívar*, INAH julio-octubre de 1983.

tros rojos y azules, mientras el entorno permanecía oscuro.

Yo estaba orgulloso de mi propuesta; le llamé al Profesor para que la viera y opinara. Y opinó con una pregunta: “¿Luz roja? ¿Y a qué hora salen las muchachas?” Por supuesto, el farol colorado desapareció de la exposición y se regresó al más decente de las luces



Exposición temporal *Bolívar en México. Bicentenario del natalicio del libertador Simón Bolívar*, INAH julio-octubre de 1983. **Fotografía** © AH/INH/AF: Exposiciones. Registro fotográfico: Leonardo Hernández.



Exposición temporal *Bolívar en México. Bicentenario del natalicio del libertador Simón Bolívar*, bocetos originales del artista Fernando Leal. MNH, julio-octubre de 1983. **Fotografía** © AHMNHVF: Exposiciones. Registro fotográfico: Leonardo Hernández.



Exposición temporal *Luces de la ciudad*, MNH, Alcázar, octubre de 1983. **Fotografía** © AHMNHVF: Exposiciones. Fotógrafo: Ernesto Durán. Registro fotográfico: Leonardo Hernández.



Exposición temporal *Bolívar en México. Bicentenario del natalicio del libertador Simón Bolívar*, MNH, julio-octubre de 1983. **Fotografía** © AHMNHVF: Exposiciones. Registro fotográfico: Leonardo Hernández.

que bañan las piezas. La museografía no era lo mío, pero siempre he atendido a dos recomendaciones del Profesor: destacar las piezas espectaculares por sí mismas, y no dejar que las luces sean las que de tanto iluminar oscurezcan el mensaje implícito de los objetos.

La otra anécdota fue años después, siendo yo director de Estudios Históricos. Fue el origen del apodo que fraternalmente me impuso –y que con cariño me sigue diciendo. Un domingo por la noche me llamó por teléfono. Tenía la encomienda de hacer un pequeño museo en Valle de Bravo, en la casa natal de un obispo y poeta, quien tenía la afición de traducir a los clásicos greco-latinos y escribir poemas bucólicos en ambas lenguas. Me preguntó si conocía a alguien que pudiera ayudarle con ese oscuro personaje de apellido Pagaza. Le contesté: “¡Ah sí, lo conozco! Joaquín Arcadio Pagaza...” El ProfMAF soltó la carcajada. Quienes lo conocen saben que no es afecto a las palabras de grueso calibre, pero sí me dijo que de “dónde sabía yo tanta pendejada”. Se moría de risa y me puso el sobrenombre que usaba el poeta mexicano: *Clearco Meonio*. Por suerte sólo él está autorizado a llamarme *Clearco* y que yo le conteste.

Esto explica, me parece, el honor que me hizo al pedirme escribir el epílogo de un libro que pareciera ser su autobiografía, pero que en realidad es la biografía de los recintos y exposiciones con la marca mexicana moderna de los últimos cincuenta años de museos abiertos *urbi et orbe*. **GM**

\* Director del Museo Nacional de Historia-INAH.

Miguel Ángel Fernández, *Medio siglo*, México, Edición Córdova Plaza, 2021.